

# EL BUHONERO

Zarcancel Rufus



# Capítulo 1

## EL BUHONERO

“...Acérquense amigos, traigo paraguas de cuatro puntas casi nuevos que combinan con bufandas abrigadas poco raídas para pasar el invierno. Acérquense amigos, que no muerdo, solo comercio. Acérquense amigos que traigo agua en polvo, perfecta para pasar los meses de sequía estival. Acérquense, dejen que los niños se acerquen a mí, porque traigo delicias turcas hechas con las rosas de un jardín cuyo maharajá era siempre feliz. Acérquense, acérquense y miren este reloj despertador que dicen perteneció al mismísimo Duque de Alba...”

Y con ese cántico, el buhonero se acercaba a cada poblado, cada final del verano. La gente de los pueblos pequeños se arremolinaba entorno a él. Viejecito y bonachón, le solían invitar a una copa de vino casero siempre y cuando el pueblo fuera de vinos, o a una sidra, si manzanas era el cultivo del lugar.

En esa época eran trueques lo que se estilaba, puesto que el dinero brillaba por su ausencia. Y de intercambiar, vivía el buhonero.

“... Esta vez traigo una pomada que puede dejar cualquier cuerda más tiesa que un espárrago, hombres, tapaos la cara y venid a comprarla antes de que lo hagan vuestras mujeres...”

Y la gente reía.

“...Y si es de hombría de lo que hablamos, traigo una loción para los calvos, a ver si así les crece el pelo. A mí se me cayó en los pantalones el año pasado, y aún sigo buscando a mi amiguito entre tanto rizo negro...”

La gente se reía aún más.

El día pasaba, y el buhonero hablaba con la gente e intercambiaba cosas. Los que podían, pagaban con monedas. Los que no, le daban comida. Pero antes de caer la noche, el buhonero desaparecía.

Y así día tras día, pueblo tras pueblo, el buhonero hacía su última parada del año. Pero más que una pequeña aldea, era una gran ciudad. Cargado con un sinfín de cosas, y una diminuta bolsa de dinero, el ermitaño se introducía al callejón más oscuro, donde los gatos miraban desde arriba. Y allí en el muro, tras tres golpes en un ladrillo muy gastado, una puerta se abría a un pestilente mercado.

Nadie le mira a la cara, todos le ignoran, pero entre brujas, enanos y hechiceros, el buhonero busca su humilde puesto. Una vez allí se pone en

alto y mira a sus potenciales clientes. Hay una bruja vieja, otra deformada. Hay un elfo que tiene una pierna de pato, y un duende aplastado en mitad de la calle. Las otras tiendas venden ojos humanos, sangre de virgen y corazones ensartados. Y, sonriendo, el buhonero da tres golpes en el suelo para que toda esa escoria le mire.

"... Aberrantes hermanos, deshechos de la sociedad. Atendedme que la revolución ha llegado. Este año traigo las patas de una gallina que ya me he comido. La dueña me la cambió por un broche dorado, con el que sus sueños he hechizado ¿Quién quiere controlar los sueños de la joven?..."

Un duende que pasaba por allí se acercó con un puñado de monedas de oro, y se llevó las patas de la gallina.

"...Muy bien seres aberrantes. Ahora ofrezco una moneda de plata, que un chico joven y guapo me dio a cambio de un ungüento para hacer crecer su miembro, pero... No sabe que cuanto más grande su entrepierna, más pequeño se hace su cerebro ¿Alguien quiere un estúpido esclavo fuerte y joven?..."

Un grupo de viejas brujas se acercaron a empujones para comprar la moneda de plata, y al final la mejor postora se llevó el trofeo. Y después del revuelo, el buhonero siguió pregonando hasta el amanecer.